CASTELLS BRISA



David Monnet

La Clave es Cibola

MIQUEL CASTELLS BRISA

LA CLAVE ES CÍBOLA

Nº 5

Vision Libros

© Obra: David Monnet V. La clave es Cíbola

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición: Febrero, 2012

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9011-363-9

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Dedicado a mis padres,
Josep María y Nuria

DAVID MONNET

Experto investigador de temas históricos. Hombre de cuarenta años, de metro ochenta y dos centímetros de altura, moreno, pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer de su misma profesión —historiadora—, que no comparte los métodos de trabajo que tanto entusiasman a su marido. Así como ella gusta de realizarlo metida en su estudio y es ordenada, si cabe, en exceso, él no soporta estar encerrado y prefiere investigar sobre el terreno.

Tiene un aire bohemio y desordenado. Entusiasta y algo fantasioso que, sin embargo, sabe, si la ocasión lo requiere, convertirse en un personaje altamente refinado. Tiene fama

bien merecida de mujeriego. Amante de la buena mesa y entendido en vinos. Disfruta, cuando tiene ocasión, de una buena partida de poker.

Su principal virtud es su intuición fuera de lo normal, que le permite ser una autoridad en su profesión, circunstancia que le ha proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbra a ir por libre y ofrecer el fruto de sus conocimientos a universidades y organismos oficiales, aunque no oculta a nadie su discrepancia con todo lo que hace referencia a cualquier tipo de religión. Sus principales clientes suelen ser los mismos estamentos religiosos que valoran más su talento que sus creencias.

La amistad con un monje de La Santé, que regenta un gran centro de información y archivos de la iglesia católica, hace que éste le proporcione numerosos trabajos de diferente índole que le obligan a viajar a los lugares más recónditos del mundo y pasar por trepidantes aventuras repletas de peligros.

Nacido en Barcelona, hijo de padres comerciantes, ha cursado estudios de historia en diferentes universidades europeas y norteamericanas, siendo considerado el número uno en su materia.

Fruto de sus elevados honorarios, posee un castillo y unos viñedos en la Bretagne, donde elabora unos vinos de gran prestigio, al frente de los cuales y, llevando el negocio de sus bodegas, se encuentra Michelle, una joven mujer con la que tiene algo más que un trato laboral.

INTRODUCCIÓN

Mérida, España, mediados del siglo XII. Siete obispos, de otras tantas diócesis, se encuentran reunidos en una sala de un monasterio. Son las diez de la noche. En el exterior, el ruido de los truenos y el reflejo de los relámpagos son dueños y señores del lugar. Llueve a cántaros desde hace varias horas. El motivo de tan importante reunión es de extrema urgencia. Un ejército bien pertrechado de tropas moras capitaneadas por Jamet Al Mantsú está a pocos días de la ciudad. Su propósito es la conquista de la ciudad de Mérida.

Por su parte, los siete obispos están elaborando un plan para ponerse a salvo e impedir que los infieles moros se apropien de un teso-

ro compuesto por valiosas reliquias y piezas religiosas.

Aprovechando el mal tiempo para pasar desapercibidos, reúnen una caravana y, con la ayuda de frailes franciscanos, cargan todas las riquezas que pueden en dos carros y ponen rumbo al norte, a un lugar que previamente habían elegido. Antes de llegar, se separan los obispos y dejan la caravana bajo la custodia de un fraile llamado Juan Cíbola, que se cuidará de guardar y proteger tal preciada mercancía.

CAPÍTULO 1

Me encontraba en Salamanca efectuando una conferencia sobre Francisco Vázquez de Coronado, sus expediciones y conquistas, en la sala de conferencias de la Universidad. Llevaba más de una hora disertando sobre este personaje, cuando desde la penúltima fila de butacas, un hombre que no podía ver con claridad a consecuencia de la distancia que había entre ambos y a aquel odioso foco que habían colocado para iluminarme y que había estado toda la noche dándome el coñazo, se levantó y me formuló la pregunta de rigor que en cada conferencia suele salir.

— ¿Puede explicarnos la relación que tuvo Vázquez de Coronado con Cíbola?

— ¡Por supuesto, señor! Pero antes debo ponerles en antecedentes. Todo empezó cuando en 1528 una expedición comandada por Pánfilo de Narváez, naufragó en las costas de Florida, de la que sólo hubo cuatro supervivientes que atravesaron a pie el suroeste de lo que hoy es Estados Unidos y norte de México, en un viaje que duró ocho años hasta que llegaron a Culiacán Sinaloa, lugar donde encontraron una ciudad española. Andrés Núñez Cabeza de Vaca, que fue uno de los que se salvó del naufragio, escribió sus aventuras y la de sus tres compañeros, Alonso del Castillo, Andrés Dorantes de Carranza y un esclavo nacido en Asia y de etnia bereber que se llamaba Esteban, pero al que todos nombraban "Estebanico".

—La narración de Cabeza de Vaca llegó hasta oídos del Virrey de Nueva España (México), Antonio de Mendoza, que organizó una expedición encabezada por un fraile ambicioso de la orden franciscana llamado Marcos de Niza, que como guía se llevó a Estebanico. Este último encontró la muerte a manos de los nativos de Háwikuh, en el actual Nuevo México.

—El fraile regresó a la ciudad de México y, para evitar reconocer su fracaso, se inventó una historia donde narraba que había avistado una ciudad más grande que Tenochtitlan (Ciudad de México) y que los nativos de allí usaban vajillas de oro y plata y se ornamentaban con esmeraldas, turquesas, rubís y otras joyas de gran valor. Y aún fue más allá en sus fábulas, añadiendo que había oído decir a los nativos de aquella zona que existían siete ciudades de oro llamadas Cíbola.

Esta vez, el Virrey, ante las explicaciones del fraile, no perdió el tiempo y quiso tomar posesión de aquellas tierras tan ricas. Para ello, organizó, esta vez, una gran expedición militar al mando de la cual puso a su amigo Francisco Vázquez de Coronado, quien tomó como guía al fraile Marcos de Niza pese a sus reiteradas negativas a participar en ella.

A principios de 1540 se puso en marcha la comitiva formada por 340 españoles y varios cientos de indios aliados, además de numeroso ganado vacuno. Aparte de los que partieron por tierra desde Nayarit —en aquellos tiempos, capital de la provincia llamada reino de la Nueva Galicia—, varios navíos les

acompañaron por mar al mando de Fernando de Alarcón, y otro grupo más pequeño lo hizo por tierra, organizado por García López de Cárdenas.

Durante la expedición, varias veces fueron atacados por los nativos, pero éstos fueron repelidos con éxito. Coronado atravesó el actual estado de Sonora y entró en Arizona. Una vez allí, comprobó que las historias de Marcos de Niza eran totalmente falsas, así como las que durante el trayecto le contó un indio al que llamó "el turco", referente a Quivira; según él, un rico país situado al noroeste.

En 1542 regresó a México por la misma ruta que había utilizado. Sólo cien hombres volvieron con él. La aventura había resultado ser un gran fracaso.

Acabé mi disertación y, cuando me disponía a marcharme del estrado, el mismo personaje que había hecho la pregunta, formuló otra.

—¿Conoce la historia de los obispos de Mérida?

—Claro que la conozco, pero, en realidad, no se trata de algo histórico, sino de una leyenda inventada por alguien que, como el fraile Marcos de Niza, gustaba de contar fábulas y quién sabe si se creía sus fantasías.

Estaba cansado y tenía hambre, así que me despedí con la máxima educación y me separé del atril. La sala se fue quedando sola, momento que aproveché para cruzarla en busca de la puerta de salida. Al llegar a las últimas filas, me percaté de que un hombre obeso de unos cincuenta años, trajeado, posiblemente, con peluca y falto del lóbulo en la oreja derecha, permanecía sentado al lado del pasillo. Al verme cerca de él, se levantó y, mientras se acercaba, me dijo:

—Señor Monnet, le felicito por su conferencia; sin embargo, hay un punto que me gustaría discutir con usted referente al tema de los obispos.

—¿No se le ocurrirá hacerlo ahora? —le solté algo airado.

—Por supuesto que no. En todo caso, lo podríamos posponer para mañana durante la

cena. Sé en qué hotel se hospeda y, si no tiene inconveniente, le pasaré a buscar sobre las ocho de la noche.

—Veo que no se anda con paliativos, señor…

—José Ramírez. Créame que lamento agobiarle, pero lo que tengo que contarle es de suma importancia, además de tratarse de un asunto que requiere hacerlo con la mayor urgencia posible. Así que no le molesto más, que tenga buenas noches.

La inmediatez de sus palabras consiguió que mi reacción fuera tardía. Apenas había podido pensar si me interesaba o no cenar con él, sin embargo, el morbo de saber cuál era el tema que con tanta urgencia me quería contar el tal Ramírez, creó en mí un interés inusitado.

CAPÍTULO 2

Por lo pronto, aquella noche y el día siguiente lo destinaría a admirar las excelencias de la ciudad de Salamanca. Aunque lo primero que hice fue complacer mi estómago visitando Don Pedro, un restaurante especializado en cabrito asado, entre otras cosas. Siempre que suelo visitar esta ciudad, tarde o temprano, acabo sentado en una mesa de este establecimiento y no acostumbro a levantarme hasta que he terminado de degustar sus estupendas delicatessen.

Después, y aprovechando para ayudar a hacer la digestión, paseé por el centro histórico y acabé sentándome en la mesa de uno de los bares de la Plaza Mayor, y aproveché para tomar un café mientras me relajé con-

templando el personal que transitaba por aquellos lugares hasta altas horas de la noche. En ello me encontraba, cuando me fijé en una mujer que se hallaba varias mesas distante de la mía. A decir verdad, lo que me llamó la atención en ella fue la postura tan erguida que adoptaba estando sentada. Después, y ya puestos en observación, descubrí que atesoraba un sinfín de "cualidades" dignas de mención.

Calculé, con un pequeño margen de error, que debería andar por los treinta y cinco o treinta y seis años de edad. Su porte señalaba que se trataba de una mujer emprendedora y liberal, aunque su forma de vestir se podría catalogar como de muy clásica. Su chaqueta azul marino a juego con una falda cuya única licencia era un pequeño corte en la parte trasera, lo demostraba. Eso sí, aun y en la distancia se podía apreciar cómo entre los botones desabrochados de su blusa, emergía la generosidad de un escote muy bien amueblado. Tenía el cabello castaño oscuro, liso y largo hasta media espalda. Su perfil parecía dibujado debido la perfección de sus trazos. En un par de ocasiones pude verla de cara y, aunque brevemente, pude constatar que, no

siendo excesivamente guapa, tenía algo que llamaba tremendamente la atención. Quizás, aquellos grandes ojos o, tal vez, los labios; ¡qué sé yo lo que era! Pero fuese lo que fuese, le daba un atractivo especial que incitaba mi observación.

Se me pasó por la cabeza acercarme a ella y entablar conversación, pero las consecuencias de una cena excesivamente fuerte pesaron en mi ánimo y me limité a contemplar cómo apuraba su taza de café. Después, se levantó y se marchó por un callejón de los que se comunican con la Plaza Mayor. Pasados unos minutos, fui yo el que se fue al hotel a dormir.

A la mañana siguiente me levanté tarde. Apenas desayuné. Había destinado el día a visitar el casco antiguo de la ciudad. Empezaría por la catedral, las anteriores ocasiones que estuve en Salamanca, debido al trabajo, apenas pude dedicarle unos pocos minutos y aquella maravilla merecía ser contemplada con el mayor tiempo posible, y ese día disponía de él.

Me encontraba paseando por el patio chico de la catedral vieja admirando la elegante

línea de los ábsides y la Torre del Gallo con su decoración bizantina, cuando al llegar a la portada neoclásica, justo antes de entrar a la nave principal del templo, creí ver que la mujer que había visto la noche anterior en la Plaza Mayor cruzaba el amplio vestíbulo entre las columnas románicas y se dirigía al interior.

Esta vez iba vestida de manera más informal, o casi me atrevería a decir del todo informal. Una chaqueta ceñida y unos pantalones apretados, ambos de ropa tejana, así lo señalaban. A primera vista me hizo dudar de si era la misma mujer. En aquella ocasión llevaba el pelo recogido en un moño bastante irregular, aunque al pasar cerca de suya pude constatar que, sin lugar a dudas, se trataba de ella.

Tanto me acerqué, que hasta pude percibir el aroma indiscutible de la colonia que llevaba. Era "Eau de Rochas", cuya fresca fragancia está entre mis favoritas. Ella, debido a mi actitud algo impropia, me miró con talante serio. No dijo nada, pero su mirada me daba a entender claramente que recriminaba mi proceder. Procuré hacerme el despistado y

dirigí la mirada al magnífico retablo del altar mayor, realizado en 1445 por el florentino Dello de Incola; allí tenía donde entretenerme si quería observar con detenimiento sus cincuenta y tres tablas dedicadas a Jesús y a la Virgen, aunque sin querer hacer comparaciones, la imagen de aquella mujer era para mí y en aquellos momentos una tentación mayor que las exquisitas obras de arte que me rodeaban. Así que, a riesgo de cometer algún acto imprudente, me dediqué a seguirla; eso sí, de manera que ella no notase que lo estaba haciendo.

A partir de aquel momento, fui pasando por delante de las numerosas capillas sin prestarles la atención debida hasta que, en un momento de reflexión, la sensatez volvió a mi persona. Me estaba comportando como un adolescente salido. A mi edad y con la experiencia que atesoraba, ¿cómo era posible aquella actitud? "¡Compórtate, David!", me auto-exigí.

Una vez aparcada aquella idea obsesiva, volví a dedicarme a la contemplación de las obras de arte que me rodeaban y abandoné la absurda idea de seguir a aquella mujer que,

por cierto, llevaba un rato sin saber dónde estaba.

Los estilos arquitectónicos de la catedral nueva, del gótico florido al barroco, pasando por el plateresco, hicieron que mi interés se centrara de nuevo. Estuve largo rato embelesado admirando la espléndida sillería artística del coro, obra de Juan Benito Churriguera.

Como suele ser habitual cuando visitas catedrales o museos, el tiempo pasa sin darte cuenta y, gracias a que tuve la ocurrencia de mirar el reloj, me di cuenta de que eran las tres y cuarto del mediodía. Era la hora de comer, pero debido al interés que tenía por visitar el Convento de las Dueñas aquella tarde, decidí, para no perder tiempo, meterme en un bar y comer un bocadillo de jamón y una cerveza; cosa que apenas me ocupó veinte minutos de mi tiempo.

Apenas eran las cuatro cuando me encontraba paseando por el magnífico patio renacentista del convento. Estaba observando minuciosamente los capiteles artísticamente esculpidos de la galería alta cuando, de reojo, me pareció ver cómo la enigmática mujer

que tanto desasosiego me había causado por la mañana, se dirigía a la salida del claustro. Hice el ademán de seguirla, pero imperó la sensatez y me reprimí.

A todo ello, eran cerca de las ocho, cuando recordé que tenía una cita para cenar. "¡Maldita sea!", pensé. Me había olvidado completamente de ello y me encontraba lejos de mi hotel. Tuve que coger un taxi, pero, como ya se sabe, cuando lo necesitas con urgencia, te cuesta mucho encontrar uno libre. Así que llegué con media hora de retraso. Lo primero que hice fue dirigirme al mostrador del vestíbulo y preguntar al recepcionista si había venido alguien a buscarme. Después de comprobarlo me dijo que nadie se había personado con tal propósito, pero que, sin embargo, sobre la media tarde un hombre dejó una nota y ésta se encontraba en mi casillero.

Mientras me la entregaba, le pregunté qué aspecto tenía el portador de la misma, y por las características que me dio, supe que se trataba de él. Sobre todo cuando mencionaron que aquel hombre carecía de lóbulo en la oreja derecha, detalle suficientemente ilustrativo para su identificación. Me senté en